

De mi diario de guerra

El Reverendo Padre Semeria, quien dedicó su vida a laborar en bien del p^o b^o jimo que con amor y fe realizaba su misión de misericordia, al encontrarse un día en el campo de batalla llevando la palabra de misericordia y prestando auxilio a nuestros valerosos soldados heridos, recibió la funesta noticia de que don Lorenzo había muerto como héroe en la toma de X... Y allí fué derramando lágrimas por la hermosa alma que había despertado de su prisión terrenal... Con los restos de la pobre víctima fué encontrado un libro de memoria... «De mi diario de guerra». Glorificar a los héroes... tal fué el pensamiento del R. P. Semeria, y de esta concepción sublime vino la idea de desarrollar «De mi diario de guerra», una cinta cinematográfica.

Ya que los Hermanos Lezama en su afán de obsequiar al público portorriqueño no escatiman ningún esfuerzo para ello, representando en la pantalla de la Carpa-Salón, esta noche, tan importante y sensacional producción, damos a conocer a continuación algunas partes del argumento, el cual fué tomado del manuscrito auténtico del difunto Padre don Lorenzo.

La declaración de la guerra europea y la consecuente llamada a las armas de todos los jóvenes austriacos, motivó la confusión de nuestra gente... el que podía ser salvo más allá de la frontera, a fin de no verse obligado a vestir el uniforme del soldado enemigo de sí mismo... Ernesto M... apenas recibió la orden de presentarse al cuartel decidió escapar. De nada le valieron lágrimas de María, encantadora criatura que dentro de poco debía unirse a él por toda la vida. Nada valieron las lágrimas de la pobre madre que temía por la vida de él... Desgraciadamente si la policía lograba sospechar sus intenciones... desgraciado si se les descubría... De nada valieron los ruegos de sus padres... El quería pasar la frontera...

porque un amor más grande, el amor a la Patria, lo atraía... En los peligros a que debía exponerse él no pensaba... El anciano padre, que recordaba otros tiempos, otras guerras y otras esperanzas, con los ojos ebispeantes e inundado el rostro de alegría, le dijo: «Vé, hijo mío, y regresa... regresa pronto...! Ya pasaba por casualidad y vi a las dos mujeres llorando; entré a la casa y las dije: «Vengan esta noche donde mí, tal vez pueda servirles de algo.» Esa misma noche Ernesto dejaba conmigo la casa paterna.

Durante la primera parte de nuestro viaje no fuimos perturbados; cerca de la frontera dos gendarmes nos salieron al encuentro y nos preguntaron para donde íbamos. Por la primera vez en mi vida me ví obligado a mentir: «lebo asistir a un moribundo», les dije, y los gendarmes, aunque de mal humor, nos dejaron pasar. Momentos después nos separábamos, tal vez para siempre, y recé por Ernesto, echándole la bendición celestial...

Mientras tanto, en la casa de Ernesto estaban desesperados por no haber tenido noticia del resultado de la empresa del joven. A mi regreso animé a aquellas gentes contándoles nuestro encuentro con los gendarmes austriacos y después nuestra dolorosa despedida. María en esos momentos llamó a los niños y nuestras almas se unieron en una fervorosa plegaria.

A fines de mayo se declaró la santa guerra de redención entre Italia y Austria. Ernesto se enroló como voluntario en un cuerpo de *varsaglieris*.

En el pueblo todos los que eran sospechosos como descendientes o simpatizadores de los italianos eran tratados como bestias y transportados a los lejanos campos de concentración.

Y no se dejó esperar el día en que también con nosotros se repitieron las atrocidades; la policía entraba en las casas y cometía los mayores abusos, buscando cualquier pretexto para acusarnos de espías. Después los arrestos... la fusilación... la horca...